

Sobre la muerte al tirano

CATALINA URIBE



LA COLUMNA DE ABELARDO DE LA Espriella sobre la muerte a Maduro suscita varias reflexiones. Empecemos diciendo lo obvio: la discusión sobre el tiranicidio ha gastado mares de tinta desde mucho antes de Aristóteles. La legitimidad y conveniencia de la muerte al tirano es simplemente uno de esos asuntos humanos que nunca se agota. Y no sólo la filosofía se despeluga por lo mismo. Entre los religiosos el asunto es igual, con la dificultad, claro, que añade la revelación.

Así pues, uno de los problemas de la co-

lumna no fue en sí abordar el tiranicidio. El error fue hacerlo sin rigidez teórica, sin contexto, y quebrando sin más la línea que divide la reflexión y la práctica. Digo sin rigidez teórica por detalles como no hacer la distinción básica entre muerte y asesinato. Por algo nuestros soldados, cuando disparan bajo la autoridad de la ley, no asesinan sino matan, y se dice muerte en defensa propia y no asesinato en defensa propia. Lo interesante es que con sus imprecisiones teóricas, De la Espriella abrió un debate sugestivo sobre el rol de la filosofía en la política. ¿Debe moverse la filosofía de la reflexión a la práctica?

Quizá no. El trabajo de la filosofía es precisamente cuestionar una y otra vez todos los presupuestos que nos mantienen unidos como sociedad. La filosofía revuelca permanentemente nuestras creencias y rara vez sa-

ca conclusiones incondicionales. Los mismos filósofos llegan a posiciones paradójicas como la de Tomás de Aquino quien concluye que sí es legítimo matar a un tirano, pero que es mejor no hacerlo por la inestabilidad que genera. Por esas ironías de la vida, Maquiavelo, que parte muy lejos de Dios, llega a lo mismo.

Ahora bien, decir que la filosofía y la teología no son aptas para todo público es elitista. O acaso, ¿qué estamos diciendo cuando aseguramos que sí podemos discutir sobre la muerte al tirano, pero muy en privado y con todas las credenciales? Claro, discutir sobre la muerte al tirano y exhortar al tiranicidio no son la misma cosa. Menos aun cuando se trata de un tirano que anda vivo y coleando en una realidad política increíblemente compleja.

\$4.532,92

JOSÉ FERNANDO ISAZA



DURANTE LOS PRIMEROS DÍAS DE julio, el precio de la gasolina se redujo, pero luego volvió a subir, para pagar la mayor proporción de alcohol carburante en la mezcla. A los productores de alcohol combustible se les compra el producto a \$8.564,24/galón; por el mismo volumen, Ecopetrol recibe \$4.031,32; es decir, los consumidores pagan un subsidio de \$4.532,94/galón a los productores de etanol. Es un buen ejemplo de beneficios concentrados y costos distribuidos. Todos los usuarios de transporte contribuyen a que unas pocas familias, especialmente ubicadas en el Valle del Cauca, aumenten su riqueza. Como es obligatorio comprar el etanol hasta con un 10% de la mezcla de gasolina motor, es un impuesto regresivo que todos los sectores de la sociedad pagan para beneficio de pocos.

El consumo de gasolina motor es de 130.000 barriles/día. Así, el subsidio percibido por los azucareros es superior a \$900.000 millones anuales. El subsidio por galón al biodiésel de palma africana es mayor: \$5.829/galón. Los consumidores les transfieren a unos pocos productores de etanol y biodiésel \$2 billones anuales. Difícilmente puede encontrarse un impuesto más regresivo. A lo anterior hay que agregar que el fisco renuncia a los impuestos nacionales: 19% de IVA, sobretasa al IVA, etc., que gravan la gasolina producida por Ecopetrol, pero no los biocombustibles. En el caso de la gasolina, el monto es de \$650.000 millones anuales.

Con algo de razón puede argumentarse que, gracias a esos incentivos, se han podido crear las empresas y generar empleo. Sin embargo, están aún frescos los recuerdos de la pasada huelga de los corteros de caña, quienes pedían algo inusitado, que las cooperativas que los contrataban les pagaran al menos las prestaciones de ley. La respuesta de los ingenios azucareros fue drástica; prefirieron soportar una larga huelga y, al final, haciendo gala de una gran sensibilidad social, anunciar que iban a mecanizar aún más la zafra para depender menos de los corteros, con lo que disminuyen el empleo de trabajadores más vulnerables.

El impacto de los biocombustibles sobre los gases de efecto invernadero no es concluyente. Los estudios positivos sobre el impacto ambiental de los biocombustibles afirman que reduce entre el 30% y el 40% de la emisión de CO2. Cuando se incluye la cadena completa, los resultados son neutros o negativos. El impacto de óxido nítrico liberado por fertilizantes puede eliminar los beneficios del CO2. El óxido nítrico tiene un efecto de invernadero 300 veces mayor que el producido por el CO2 por la misma unidad de volumen.

Los 150 años de la publicación de la novela *María* es un buen pretexto para leer la biografía de Jorge Isaacs de Fabio Martínez. En ella relata la venta de la hacienda La Manuelita, de los Isaacs a los Éder. Los padres de Jorge estaban en graves dificultades financieras debido a la guerra; las deudas los obligaron a vender las tierras de las haciendas Manuelita, La Rita y La Sierra. Eustaquio Palacio los puso en contacto con un "gringo que está interesado en las haciendas". Su nombre: Santiago Éder. Eustaquio le aclara a la familia Isaacs: "El gringo ofrece sólo la mitad del avalúo". Aceptan esta inequitativa oferta y venden el paraíso que han construido en 20 años. Le solicitan a Eustaquio que "hable con el gringo, pero dígame de mi parte que por lo menos nos deje sacar los muebles". La hacienda Manuelita fue vendida al señor Santiago Éder.

El espíritu agresivo empresarial viene de vieja data.

Osuna



Ingreso a la Feria

De roles y armarios

MELBA ESCOBAR



TENGO UNA NIÑA DE CUATRO AÑOS casi idéntica a otra niña cualquiera de cuatro años. A saber: se viste de rosado, lleva el pelo en trenzas, ve *La Princesa Sofía* en televisión y, cuando alguien le preguntó hace unos días qué quería ser cuando grande, dijo: "Mamá".

Su feminidad me resulta tan exacerbada como ajena (yo no soy ni nunca fui así). He hecho esfuerzos por alejarla de la normatividad prescrita en las tiendas de ropa y de juguetes, en las fiestas infantiles y programas de televisión, donde el género se parece a menudo a una coraza rígida de donde no parece haber escapatoria. Rosado para la niña, azul para el varón. Juegos de princesas encerradas en torres, y de caballeros valientes que vienen a rescatarlas. Está claro el código binario: duro/blando, activo/pasivo, temerario/dócil. Así de básico, de limitado y pobre como lo estoy describiendo.

"¿Cuál es la niña más hermosa de tu sa-

lón? Dinos su nombre", dijo un animador hace unos días en una fiesta. Entonces miré a mi hija, no sin algo de angustia, para constatar que se veía incómoda por estar en la lista de las "no elegidas". Y entonces sentí, al verme verla en medio de una sala llena de madres preocupadas por el inusitado concurso de belleza, que el problema es la facilidad con la que replicamos acciones que sabemos erróneas, la liviandad con que sucumbimos al reinado a los cuatro años en medio de una fiesta infantil.

A veces me pongo nerviosa, entonces corro a librerías a buscar historias de mujeres valientes, como quien busca una medicina para bajar la fiebre. Vuelvo a escharbar entre las películas, intento dar ejemplo, me esfuerzo. Pero entonces me pregunto, ¿y si ella es así? ¿Si esa es su naturaleza, no porque unas "fuerzas oscuras" quieran imponerle el rosado como si fuese una mordaza, sino porque el rosado es su color favorito genuinamente? ¿Tendría entonces que forzarla a vestirse de azul, a jugar al fútbol aunque se muera por usar un tutú de bailarina? Y así he llegado a entender que justamente se trata de romper un sistema binario, sea en una u otra dirección. Porque al fi-

nal no creo que se trate de una forma correcta versus una incorrecta. No creo que el ideal sea la niña de pelo corto que quiere montar en la patineta y treparse a los árboles en contraste con la femenina y delicada princesa.

Se trata pues de abrir un espacio a la libertad de elección, donde cada quien se disfrace como quiera, elija sus gustos, sus actividades, sus afectos, sin que ninguna de estas cosas venga prescrita por una sociedad normativa frente a los géneros y sus roles. El problema es comprender que estas conductas suelen ser inducidas, casi impuestas.

Mi sueño es que mi niña sea libre siempre de elegir sus preferencias y que pueda ser querida y aceptada, independientemente de cuáles sean. Que cada quien se disfrace como quiera y que pueda decir, tal como dijo una amiga que vive en Suiza, "nunca salí del armario porque ni en mi contexto ni en mi familia hacía falta ocultarse dentro de uno". Qué suerte, pensé. Ojalá en un futuro no muy lejano aquí tampoco haga falta ocultarse en la soledad de un armario.

@melbaes